

La mujer que no gritó

El cadáver apareció a las cuatro y trece de la madrugada, dispuesto con una precisión que no podía ser casual. Los ojos permanecían abiertos, fijos en el techo, como si aún esperaran una respuesta. La boca estaba cosida con hilo negro, punto a punto, con una paciencia casi enfermiza. En el pecho, tallada con cuidado, había una sola palabra: **CULPA**.

Yo llevaba demasiados años en homicidios como para impresionarme tan fácilmente, pero aquella escena me provocó un frío distinto, uno que no se iba ni cerrando los ojos. Nadie había oído nada. Ningún testigo. El asesino sabía cómo moverse en la oscuridad sin dejar rastro.

Fue entonces cuando apareció María Zambrano. No llegó como sospechosa, sino como asesora externa, experta en psicología criminal. Observaba el cadáver con una calma inquietante, como si leyera un texto invisible para el resto. Se agachó, rozó el hilo de la boca y murmuró:

—No pidió ayuda. Sabía que nadie iba a salvarlo.

La segunda muerte llegó esa misma noche. El mismo ritual, la misma meticulosidad, pero una palabra distinta: **IEDO**. Empecé a notar que algo no encajaba. No eran asesinatos al azar, sino piezas de una secuencia.

—Esto no es un mensaje cualquiera —le dije—. Es personal.

María no respondió.

El tercer cuerpo fue el forense. En su pecho podía leerse **SILENCIO**. Entonces lo entendí: el asesino estaba escribiendo una historia, una confesión construida con cadáveres.

Esa tarde encontré a María sola en el archivo, revisando expedientes antiguos. Casos cerrados con prisas, pruebas ignoradas, inocentes condenados. Sin mirarme, habló:

—Alguien tenía que hacerlo. Nadie gritó por ellos.

Sin dudarle saqué el arma y le ordené que se girara. Al hacerlo, vi en su cuello una cicatriz antigua, idéntica al hilo negro de los cadáveres.

—¿Recuerdas el caso treinta y siete? —preguntó—. Yo no grité. Tú me callaste.

El archivo cayó al suelo. En la última página estaba mi firma, y en la fotografía, yo sostenía la aguja junto con el hilo negro.

María sonrió por última vez.

El último cuerpo apareció al amanecer.

En su pecho solo había una palabra: **JUSTICIA**.

Y esta vez, la muerta era yo.